

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA



GRADO EN FILOLOGÍA HISPÁNICA

**LOS USOS AMOROSOS DE LA POSGUERRA Y LA
EDUCACIÓN SENTIMENTAL DE LA
TRANSICIÓN: CARMEN MARTÍN GAITE Y
MARTA SANZ**

**THE LOVING USES OF THE POST-WAR AND
SENTIMENTAL EDUCATION OF TRANSITION:
CARMEN MARTÍN GAITE AND MARTA SANZ**

Autora: Ana Torres Montellano

Tutora: Isabel Navas Ocaña

Curso Académico: 2020/2021

Convocatoria (mayo/julio/noviembre/enero): Mayo

ÍNDICE

1. Introducción (4)
2. Algunas notas sobre el franquismo y la Transición (5)
3. Apuntes biográficos de Carmen Martín Gaité y Marta Sanz (7)
4. Temas comunes (11)
 - 4.1.El modelo de mujer (11)
 - 4.2.El modelo de hombre (15)
 - 4.3.Las relaciones sentimentales entre el hombre y la mujer (17)
 - 4.4.Las amistades femeninas y las amistades entre hombres y mujeres (23)
 - 4.5.Las representaciones culturales (25)
5. Algunas diferencias (27)
 - 5.1.La maternidad (27)
 - 5.2.La tecnología presente en las relaciones sentimentales (28)
 - 5.3.La sexualidad femenina y la educación sexual (29)
 - 5.4.La prostitución (34)
 - 5.5.El maltrato hacia la mujer (35)
6. Conclusiones (36)
7. Referencias bibliográficas (37)

RESUMEN

El siguiente trabajo ofrece un estudio comparativo de los usos amorosos de la posguerra y la transición española, atendiendo principalmente a dos ensayos: *Usos amorosos de la posguerra española* (1987) de Carmen Martín Gaité y *Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la transición española* (2016) de Marta Sanz. Para comprenderlos, introduciremos brevemente el contexto histórico y comenzaremos, por un lado, a comparar los aspectos comunes en ambos ensayos, como, por ejemplo, el modelo de mujer o las representaciones culturales; y, por otro lado, aquellos aspectos que no se tratan en los dos ensayos, como, por ejemplo, la educación sexual y la sexualidad femenina.

Palabras clave: usos amorosos, posguerra, transición, mujer, representaciones culturales, educación sexual, sexualidad femenina.

ABSTRACT

The following project offers a comparative study of the loving customs of the postwar period and the Spanish transition, focusing mainly on two essays: *Usos amorosos de la posguerra española* (1987) by Carmen Martín Gaité, and *Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la transición española* (2016) by Marta Sanz. To understand them, we will briefly introduce the context of both historical moments and begin, on one hand, to compare the aspects that are common in both essays, such as the model of women or cultural representations; and, on the other hand, those aspects that are not addressed in the two essays, for example, sex education and female sexuality.

Key words: loving uses, postwar, transition, women, cultural representations, sex education, female sexuality.

1. Introducción

El objetivo principal de este trabajo es comprobar si la supuesta emancipación de la mujer en lo que se refiere a sus relaciones sentimentales y familiares es a día de hoy real o, si, por el contrario, no hay tantas diferencias con el papel de la mujer durante la posguerra.

Los ejes centrales de este trabajo son los ensayos *Usos amorosos de la posguerra española* (1987) de Carmen Martín Gaité y *Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la transición española* (2016) de Marta Sanz. Para conseguir nuestro objetivo, empezaremos ofreciendo unos pequeños apuntes biográficos sobre ambas autoras, ya que cuentan la historia de una sociedad, pero también la suya propia, y explicaremos algunos aspectos del franquismo y de la Transición para entender mejor en qué situación estaban las mujeres.

A continuación, analizaremos, por un lado, aquellos temas que se desarrollan en ambos ensayos, como son el modelo de mujer y de hombre, las relaciones sentimentales entre ambos, las amistades femeninas y las amistades entre sexos opuestos y las representaciones culturales. Por otro lado, trataremos los puntos que no se desarrollan en ambos trabajos, pero que se consideran importantes para cumplir el objetivo de este trabajo. Estos son la maternidad, la tecnología en las relaciones sentimentales, la sexualidad femenina y la educación sexual, la prostitución y el maltrato hacia la mujer.

Ambas obras nos ayudarán a descubrir hasta qué punto es real la liberación de la mujer y en qué aspectos.

Por tanto, el marco teórico del que partimos es la teoría y la crítica literaria feminista (Moi, 1988 y Navas Ocaña, 2009); y la metodología empleada ha consistido en un análisis riguroso de la bibliografía existente sobre las dos obras que van a ser objeto de estudio. En consecuencia, lo primero que hemos hecho ha sido trazar un estado de la cuestión, que nos ha llevado, en el caso de Carmen Martín Gaité, a la lectura de los trabajos de Biruté Ciplijauskaitė (2000), Carbayo-Abengózar (1998 y 2014), Rolón Collazo (2002), Laura Freixas (2006), J. Pérez (2009), Fernández Hoyos (2014), J. Teruel (2014), C. Zandonella (2016), C. López (2018), etc. Hemos consultado también reseñas de la obra de Marta Sanz, como la de J. Fernández (2017), R. Latorre (2017), Reyes Martín (2017), Ros Ferrer (2018), Somolinos Molina (2017),

etc. Y también hemos utilizado algunos trabajos de carácter general sobre los modelos de feminidad en el franquismo (Dios Fernández, 2014), sobre las relaciones amorosas en este período (Fuster García, 2013), o sobre la memoria de la Guerra Civil en las escritoras españolas (Mayoral, 2011).

2. Algunas notas sobre el franquismo y la Transición

Los ensayos que vamos a comparar en este trabajo se encuentran en momentos históricos muy dispares. Carmen Martín Gaité, en su libro *Usos amorosos de la posguerra española*, nos sitúa de lleno en el franquismo y Marta Sanz lo hace en la Transición.

Comenzaremos con la contextualización del franquismo. Son numerosísimas las alusiones de Martín Gaité (1987) al momento histórico que le tocó vivir, centrándose especialmente en la figura del caudillo, Francisco Franco, y en su adoctrinamiento basado en dos consignas: restricción y racionamiento. Señala Martín Gaité que estas palabras “sufrieron un desplazamiento semántico, pasando a abonar otros campos, como el de la relación entre hombres y mujeres” (1987, p.14).

Para entender correctamente las “recomendaciones” del nuevo estado franquista, debemos tener en cuenta todos los logros de la Segunda República, que abarcó desde el año 1931 hasta 1939. Durante el período republicano hubo mayor libertad, especialmente para las mujeres, que empezaron a dejar atrás el conocido “ángel del hogar”. Carbayo-Abengózar (1998, p. 31) cuenta cómo durante la Guerra Civil muchas mujeres republicanas lucharon codo con codo al lado de los hombres. Pues bien, el propósito principal del gobierno franquista fue acabar con lo conseguido hasta el momento y echar la vista atrás: “Enterrar el pasado reciente y exaltar el pasado remoto fue una de las más inquebrantables consignas de la España de Franco” (Martín Gaité, 1987, p. 23). No obstante, el discurso franquista no caló de igual modo en toda la población española. Los más jóvenes extrañaban esa época de libertad que vivieron durante la República y se preguntaban: “¿Por qué llamaban viejos a aquellos estilos y nuevos a estos?” (Martín Gaité, 1987, p. 26).

Franco siempre quiso dar la imagen de una nación grande, poderosa y envidiada. Sin embargo, la realidad era otra muy diferente:

Es bien sabido, que aquellos años, llamados triunfales, fueron de gran penuria económica, de rigurosas sequías, de bajos jornales agrícolas, de falta de vivienda para la gente que emigraba del campo a la ciudad, de mal funcionamiento de los servicios públicos. (Martín Gaité, 1987, p. 22)

A todo esto, se le suma el aislamiento político que, como afirma Martín Gaité, el régimen “achacaba a la envidia. Muy de marchamo español” (1987, p. 22).

El eje vertebrador de la reestructuración de España fue la familia, afectando principalmente a la mujer en su papel dentro y fuera del hogar, como veremos más adelante.

Hasta los años sesenta no se ve un rayo de luz en medio de tanta oscuridad: “Ya en 1963, es la primera vez en la historia del franquismo que una alta jerarquía eclesiástica, el abad de Montserrat, Aureli M. Escarré, se expresa a favor de la democracia, lo que le cuesta el destierro a Milán” (Carbayo-Abengózar, 1998, p. 77).

En este tiempo España goza de un cierto aperturismo gracias a la industrialización, el turismo y la emigración, y se empiezan a cuestionar los pilares de la sociedad tradicional: la familia y la religión. De hecho, se dejarán oír las voces de los movimientos obreros y del movimiento feminista. Fueron Lidia Falcón y Carmen Alcalde las primeras en hablar de feminismo. Esto provoca una esquizofrenia en las mujeres que, por un lado, quieren liberarse y romper con la tradición, pero, por otro lado, la sociedad franquista dificulta la liberación femenina (Carbayo-Abengózar, 1998).

No obstante, todo esto se acabó con la muerte del caudillo y lo que soñaban aquellas mujeres pudo al fin hacerse realidad. En 1975, fue el año en el que murió Franco y el Año Internacional de la Mujer, una maravillosa coincidencia (López-Cabrales, 2000, p. 23).

Con el fin del franquismo, llegó la Transición. Es en esta época donde se sitúa el ensayo de Marta Sanz. Como su propio nombre indica, supuso un tránsito, un cambio de la tradición a la modernidad. Además, fue un período de búsqueda de la identidad no solo política, sino social y cultural (Nieva de la Paz, 2009, p. 115). La Constitución de 1978 trajo muchos cambios a la sociedad española:

La Constitución de 1978 supuso la derogación de artículos sexistas del Código Penal referentes al adulterio y al amancebamiento y se despenalizó la propaganda de métodos anticonceptivos. Para el divorcio habría que esperar hasta 1981. [...] En cuanto

al aborto, en 1985 se reconoció que las mujeres podían abortar bajo varios supuestos”. (López-Cabrales, 2000, p. 24).

Tras la Transición, llegó la democracia y, con ella, una reafirmación de la “emancipación de la mujer y la abierta denuncia de los problemas a los que tiene que hacer frente una mujer trabajadora” (Carbayo-Abengózar, 1998, p.104).

3. Apuntes biográficos de Carmen Martín Gaité y Marta Sanz

Antes de comenzar a indagar en los ensayos, debemos conocer un poco la vida y la obra de estas dos autoras, ya que la historia que nos cuentan es también su propia historia.

Carmen Martín Gaité nace el 8 de diciembre de 1925 en Salamanca. Desde muy pequeña, desarrolló su capacidad para dialogar y para escribir gracias a sus padres (Ciplijauskaité, 2000, p. 12). Como López afirma, “Todos los libros de Carmen Martín Gaité son una conversación, porque para ella escribir nunca fue distinto de hablar”. (2018, p. 54).

Martín Gaité se sitúa, juntos a otros escritores, en lo que se ha llamado la generación de los “niños de la guerra” (Carbayo-Abengózar, 1998, p. 45). Dedicó su vida a escribir y cultivó todos los géneros (Ciplijauskaité, 2000, p. 27). Llegó incluso a escribir ensayos históricos, a pesar de no ser historiadora profesional (Fernández Hoyos, 2014, p. 106).

Tuvo la oportunidad, gracias a varias becas, de salir de España y formarse en otros países, como Coimbra o Cannes (Ciplijauskaité, 2000, p. 26). Pudo aprender así cómo vivir de otra manera:

[...] en el Bosquejo autobiográfico dice que, por primera vez, en veintidós años, conoció el sabor auténtico de la libertad. Vio también que las mujeres – y las muchachas- vivían de modo diferente a lo que se consideraba normal en Salamanca. (Ciplijauskaité, 2000, p. 26).

Carmen Martín Gaité, al igual que otras escritoras de la época, fue galardonada con el Premio Nadal por *Entre visillos*. Este premio, era también llamado con ironía “Premio Dedal” por la cantidad de mujeres que lo recibían, un nombre bastante peyorativo que ponía en duda las capacidades de estas mujeres para dedicarse a otra cosa que no fuera coser y tener hijos (Carbayo-Abengózar, 1998, p. 51).

Muchos críticos han calificado a Martín Gaité como escritora feminista. Sin embargo, ella se ha opuesto a ser considerada como tal (Carbayo-Abengózar, 1998, p. 21). No obstante, siempre ha sido precursora del feminismo, “considerando a las mujeres como personas, no solo como militantes de un partido o portadoras de una etiqueta” (Carbayo-Abengózar, 1998, p. 117).

Según Carbayo-Abengózar, en los últimos años, la figura de Carmen Martín Gaité han sido revalorizada debido, en parte, a lo candente que está el feminismo en la sociedad española actual. Pues bien, la obra de Marta Sanz es muy importante hoy en día por el mismo motivo, por el auge del feminismo.

Mientras que Carmen Martín Gaité pertenece a la primera generación de escritoras, es decir, a aquellas que tuvieron que ir abriendo el camino, Marta Sanz pertenece a una generación de mujeres que no tuvieron tantos problemas a la hora de desarrollar sus carreras literarias y a la hora de encontrar un hueco en el canon de la literatura española (López-Cabrales, 2000, p. 22). Como afirma López-Cabrales, “Se puede decir que hay una “brecha generacional” (2000, p. 45).

Marta Sanz nació en 1967 en Madrid. Se doctoró en Filología, es poeta, narradora y colaboradora en diversas publicaciones culturales. En 2015, fue galardonada con el Premio Herralde por *Farándula*. (Radio Nacional Española, 2017). Para ella, “escribir es un acto prepotente, que muchas veces encierra grandes dosis de soberbia y de egoísmo, pero también es un acto de generosidad” (López-Cabrales, 2000, p. 86).

Martín Gaité cultivó, como hemos dicho antes, casi todos los géneros, llegando incluso a escribir ensayos históricos. Pues bien, es aquí donde se situaría la obra que vamos a analizar: *Usos amorosos de la posguerra española*. Se trata de un ensayo histórico, aunque la crítica ha matizado esta consideración:

No se puede hablar realmente de ensayo, no se puede hablar de autobiografía – ni real ni ficticia-, no se puede hablar a todos los efectos de historiografía ni tampoco de libro de memorias o diario. En suma, es un texto que no sigue el canon de ningún género. (Zandonella, 2016, p.4).

Su acercamiento a los usos amorosos comenzó al escribir su tesis en 1971, que recibió en primera instancia el título de *Lenguaje y estilo amoroso en los textos del siglo XVIII español*, y se publicó en 1972 como *Los usos amorosos del dieciocho en España*. Su objetivo era el siguiente:

Lo que la autora quiso analizar son los patrones de comportamiento impuestos a las mujeres de la aristocracia y de la parte del estado llano que luego se llamó clase burguesa, a la que ella misma pertenecía. Le interesaba establecer cómo evolucionó el comportamiento de las mujeres de esos estamentos sociales durante la centuria y conocer las artimañas de que se valieron para eludir normas y controles; cómo fueron ganando parcelas de independencia y cuál era la influencia que ejercía la familia, la sociedad y la Iglesia. (Teruel, 2014, p.187).

En *Los usos amorosos del dieciocho* (1972), los capítulos pueden leerse de forma independiente, ya que no se establece ningún orden cronológico (Zandonella, 2016, p. 16).

Usos amorosos de la posguerra española (1987) pretende, por su parte, analizar la forma de vida de las generaciones que fueron educadas durante el franquismo (Fuster García, 2013, p. 1). Este ensayo surge en 1975 cuando Martín Gaité vio en la televisión el entierro del caudillo y “sintió que ahí acababa una época de la que ella sabía bastante” (Mayoral, 2011, p. 151). Por esta obra fue galardonada con el Premio Anagrama de Ensayo. El método que siguió fue el siguiente:

Necesito reunir una bibliografía lo más amplia posible tanto referencial como directa. [...] La incidencia de la política, la economía y la religión en los comportamientos amorosos es fundamental. En cuanto a la bibliografía directa que se centraría de preferencia en el estudio de revistas, periódicos y “novelas menores” de ese período, necesito dedicar un tiempo [...] para hallar datos que confirmen o desmientan mis tesis previas y complementen las lagunas de mis recuerdos personales. (en Rolón Collazo, 2011, p. 18).

Así, con toda esta información y esta recopilación de textos de la época, ha dejado un legado a las generaciones venideras (Pérez, 2009, p. 142). Es su cuarto ensayo histórico (Fernández Hoyos, 2014, p. 313), y como se demuestra en su dedicatoria, hay un compromiso por acercar posturas entre generaciones: “Para todas las mujeres españolas, entre cincuenta y sesenta años, que no entienden a sus hijos. Y para sus hijos, que no las entienden a ellas” (Martín Gaité, 1987, p. 9).

Al contrario que *Los usos amorosos del dieciocho en España*, los capítulos de este ensayo no pueden leerse por separado, ya que cada uno está estrechamente ligado a los demás (Zandonella, 2016). Además, en el epílogo, Martín Gaité deja abierta la posibilidad de una continuación:

Pero esa es otra historia, también bastante enredosa y compleja: la de los usos amorosos de los años sesenta y setenta. Esperemos que alguien tenga la paciencia de reunir los materiales de archivo y de memoria suficientes para contárnosla bien algún día. (p. 226).

Es aquí precisamente donde se sitúa Marta Sanz con *Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la transición española* (2016). La conexión con Martín Gaité es clara:

Quiero, como Feijoo, desdecir o matizar algunos lugares comunes; discutir lo que se da por sentado; nombrar los prejuicios y tabúes que rodean los usos amorosos del postfranquismo y la democracia española. Reflexionar sobre lo inmutable y lo contingente. [...] Demoler lo que se ha convertido en universal y eterno por la fuerza de la costumbre y el peso de la Historia. (Sanz, 2016, p.9).

Además, ella misma indica que cualquier parecido o reminiscencia con Carmen Martín Gaité es absolutamente intencionado y para nada evitado (Sanz, 2016, p. 9).

En primera instancia, Marta Sanz pensaba escribir un libro basado en sus propias experiencias relacionadas con la época de la Transición. Sin embargo, concluyó que hacer esto sería dar una información limitada sobre el tema (Sanz, 2016, p. 10). Así pues completó su experiencia “con reportajes, noticias, estadísticas y, lo más importante de todo, con la mirada de otras mujeres nacidas entre finales de la década de los cincuenta y mediados de la década de los setenta” (Seoane, 2016). Estas mujeres se constituyen en una especie de coro femenino y Sanz utiliza sus testimonios para apoyar o poner en duda sus propias reflexiones (Sanz, 2016, p. 11). Lo hará a través de un cuestionario que abarcará preguntas sobre todas las épocas de la vida y sobre los prejuicios respecto al amor, el sexo o el matrimonio (Reyes Martín, 2017, p. 356).

A pesar de intentar aportar una visión más amplia de la época y sus usos amorosos, Marta Sanz reconoce lo siguiente:

[...], todas nosotras somos blancas, españolas, heterosexuales – en principio-, de clase media, con estudios, hijas de un catolicismo heredado que la Constitución transmutó en un ni chicha ni limoná llamado “aconfesionalidad” -no laicismo-. [...] Representamos esa heteronorma, pero no somos hostiles ni discriminatorias. Hablamos desde la perversidad de esa heteronorma que a nosotras también a menudo nos hace infelices. [...] Hablamos desde la heteronorma para cuestionarla. Para que no nos hiera más. (2016, p. 13)

Llama mucho la atención que el cuestionario sea enviado a un grupo reducido de mujeres, ya que Marta Sanz no quería demasiadas experiencias. Sin embargo, a una de ellas se le ocurrió pasar el cuestionario a otras hasta que Sanz le pide que no lo haga más. Esto le lleva a pensar que “había muchas mujeres que tenían la necesidad y la urgencia de hablar de su condición y analizar su crecimiento y su evolución personal” (Bulnes, 2016).

Cabe destacar, que al igual que *Usos amorosos de la posguerra española*, el ensayo de Marta Sanz es un híbrido de géneros, “en el que la recogida de datos a través de un cuestionario y la reflexión e indagación en la memoria se intercalan con artículos periodísticos, con tablas de datos estadísticos o con imágenes” (Somolinos Molina, 2017, p. 471).

4. Temas comunes

4.1. *El modelo de mujer*

Como ya hemos dicho, la mujer fue la gran damnificada durante el franquismo. A primera vista, en la Transición pudo liberarse, pero comprobaremos aquí si esto es cierto.

La mujer en el franquismo tenía una única misión: casarse y ser madre. Aquella que no se casaba se veía como una fracasada. La única mujer que tenía la posibilidad de quedar soltera sin ser señalada era la monja. Es más, incluso podía llegar a ser admirada por su decisión. Como señala Martín Gaité, “Era algo así como una llamada que venía de lo alto y a la que no se podía desobedecer”. (1987, p.37).

Había otra manera de no ser juzgada por la sociedad. Quienes habían perdido a su marido en la guerra no eran criticadas por el hecho de no volver a casarse, sino que más bien se las ponía en un pedestal porque “no las había dejado el novio. Se lo había quitado Dios. [...] Se habían convertido en novias eternas” (Martín Gaité, 1987, p. 45).

Pero las que se quedaban solteras eran consideradas fracasadas, teniendo en cuenta que el destino de la mujer era el matrimonio y la maternidad. La palabra “solterona lleva implícito tal matiz de insulto que se adjudicaba a espaldas de la aludida” (Martín Gaité, 1987, p. 45). Esta palabra sigue teniendo ese significado peyorativo hoy en día, y además no implica lo mismo decir solterona que solterón. En este ambiente, aquella chica que no volcara su atención en buscar novio era menospreciada como “rara”:

De las chicas poco sociables o displicentes, que no se ponían a dar saltos de alegría cuando las invitaban a un “guateque”, descuidaban su arreglo personal y se aburrían hablando de novios y de trapos se decía que eran “raras”, que tenían “un carácter raro”. (Martín Gaité, 1987, p. 39).

Para evitar quedar solteras y conseguir novio, a las chicas se les daban unas pautas a seguir. La figura de referencia era Pilar Primo de Rivera y la Sección Femenina de Falange (Martín Gaité, 1987, p. 59). Desde la más tierna infancia, a las niñas se les inculcaba que “debían ser ‘pequeñas amitas de casa, había que convencerlas de que su espacio era el hogar” (Dios Fernández, 2014, p. 26).

Para comenzar, la educación mixta se prohibió en 1939, ya que no seguía las consignas del régimen. La mayoría de las familias, elegían la opción del colegio religioso para sus hijas, que recibían así una educación mucho más adoctrinadora y conservadora. Esto marcaría el carácter de las niñas desde muy pequeñas (Martín Gaité, 1987, p. 96).

Tras esto, las adolescentes debían pasar por el Servicio Social, dirigido por la Sección Femenina de Falange, donde seguirían su formación para llegar a ser buenas mujeres. Así lo explica Carmen Martín Gaité:

Duraba seis meses a seis horas diarias, era una media de quinientas horas las que tenía que emplear la soltera o viuda sin hijos menor de treinta y cinco años para doctorarse como “mujer muy mujer”, antes de aspirar a otro tipo de doctorados o expansiones propias de los hombres. (1987, p. 66).

Es importante señalar las asignaturas que se desarrollaban en esta formación: “Religión, Cocina, Formación familiar y social, Conocimientos prácticos, Nationalsindicalismo, Corte y Confección, Floricultura, Ciencia doméstica, Puericultura, Canto, Costura y Economía doméstica” (Martín Gaité, 1987, p. 61). Es evidente que estas asignaturas no servían para nada, no formaban parte de una educación integral que capacitara para otra cosa que el hogar.

Algunas mujeres, tras realizar estas enseñanzas obligatorias, continuaron su formación, llegando incluso a ocupar puestos de carácter profesional. Sin embargo, como podemos ver en estos testimonios que nos muestra Martín Gaité era sólo algo momentáneo:

Ernestina Romero, jefe de una sección de claves, dijo que: Una profesión es ideal para una mujer soltera. Una vez casada, ya es otra cosa.

[...]

Más tajante todavía era en sus declaraciones la abogada madrileña María Teresa Segura: Me encanta la carrera, pero me encanta más casarme. La mujer no tiene más misión que el matrimonio. ¡Estaría bonito! (Martín Gaité, 1987, p. 51).

Es triste escuchar estas declaraciones, pero el desempeño de un trabajo era algo provisional (Dios Fernández, 2014, p.27). La mujer podía trabajar para tener independencia económica hasta que encontrara novio y se casara, hasta que llegara su Príncipe Azul. A partir de ese momento, solo sería la “esposa de” (Martín Gaité, 1987, p. 50).

Más que hablar de educación, podríamos hablar de adoctrinamiento porque eran continuas las “recomendaciones” del gobierno sobre el comportamiento de las mujeres, y de la sociedad en general. Encasillándolas en su papel de “ángeles del hogar”. Hoy en día, esto no se consideraría siquiera educación.

Una de las recomendaciones más repetidas en las propagandas de la época era la sonrisa femenina. Provenía, como casi todas, de la Sección Femenina de Falange:

Uno de los miembros de esta organización, la escritora Carmen de Icaza, popularizó por boca de su más famoso personaje de ficción, Cristina Guzmán, profesora de idiomas, el axioma de que “la vida sonríe a quien le sonríe, no quien le hace muecas”. (Martín Gaité, 1987, p. 41).

Había que sonreír siempre. No importaba si estabas triste o eras poco sociable, porque la mujer perfecta no lo era. Martín Gaité se incluye y nos confiesa: “Nos ensañaban, en resumidas cuentas, a representar. No a ser” (1987, p. 66).

A la sonrisa femenina se le sumaba el pasar desapercibida, pero no demasiado. Es decir, debía llamar la atención de los hombres, pero nunca sobrepasando los límites de la decencia (Martín Gaité, 1987, p. 144).

No obstante, como es normal, podríamos hablar de las dos caras de una misma moneda. Al igual que había mujeres fieles a la Falange, como la propia Carmen de Icaza, también había mujeres, que influenciadas por los modelos femeninos extranjeros, desobedecían las consignas franquistas y mostraban nuevas posibilidades (Rolón Collazo, 2002, p. 138).

Un ejemplo de estas mujeres alternativas fueron “las niñas topolino”, cuyo nombre surge asociado “en principio a la marca de un coche pequeño y funcional de la casa Fiat” (Martín Gaité, 1987, p. 82). Estas chicas provocaban crispación en una sociedad en la que las mujeres tenían que estar en la sombra, es decir, no debían destacar. Sin embargo, hacían todo lo contrario. Vestían llamativamente, tenían relaciones de amistad con el sexo opuesto y vivían sin limitaciones, al menos en un principio (Martín Gaité, 1987, p. 89). No obstante, no eran completamente libres porque “aunque aparentemente “dieran mucho pie”, a la hora de la verdad solían echar para atrás igual que las que no fumaban ni llevaban gafas ahumadas, solo que, frenando con menos delicadez, y más expuestas a la bofetada” (Martín Gaité, 1987, p. 93).

Como ya hemos dicho, en los años sesenta se cuestionan los valores tradicionales y se produce el auge del feminismo. Tras la muerte de Franco hay un período de reflexión y el sueño de la emancipación empieza a hacerse realidad (Carbayo-Abengózar, 1998). En 1979, se creó el Partido Feminista y con la Constitución de 1978 llegaron muchísimos cambios sociales y legales, especialmente para la mujer (López-Cabrales, 2000, p. 25).

Mientras que en el franquismo el amor de la mujer estaba limitado al hogar y la familia, en la sociedad actual llena otros ámbitos y queremos recibir y dar ese amor de otra manera (Sanz, 2016, p. 10). Sin embargo, a aquellas mujeres que no ponen en el centro de su vida a la familia, se las sigue llamando egoístas. Estas mujeres se ponen a sí mismas en primer lugar (Sanz, 2016, p. 149). ¿Realmente esto es egoísmo?

Mientras que la mujer de la posguerra debe ser decente para conseguir novio, la mujer de los ochenta “celebra la promiscuidad de La Movida y luce top les en las playas” (Pardo, 2017). No podemos negar que esto es una liberación. No obstante, luego veremos hasta qué punto.

A pesar de ser muy diferentes a la generación precedente, son nuestras madres las que nos han educado. Así, Marta Sanz nos cuenta una anécdota familiar:

Mi madre posee una gran imaginación, pero, activando una de esas contradicciones que caracteriza nuestra sexualidad, a la vez marcaba límites: “Eso no”. Y de la negativa de mi madre, yo aprendo que hay cosas que no se deben hacer quizá porque son sucias – lección mala-, pero también aprendo que me puedo negar a hacer todo aquello que no me apetezca hacer- lección excelente-. (2016, p. 21).

Esto nos lleva a reflexionar sobre estas nuevas mujeres. Son mujeres que no han dejado atrás el “ángel del hogar”, pero que han incluido ciertos aspectos de libertad. Cambiamos nuestro centro y conseguimos salir de casa para unirnos al mercado laboral. Y, es aquí, donde intentamos buscar un equilibrio:

Las mujeres buscamos un estricto equilibrio entre la pulsión de la tribu, el amamantamiento de la cría y los cuidados – también asignados al hombre- y el contrapeso rebelde de la mujer demoníaca, la harpía, la que se va de viaje y deja en casa a un marido enfermo o a una madre en lecho de muerte. (Marta Sanz, 2016, p. 149).

Todo esto no ha llevado a un nuevo modelo de mujer, pero, por desgracia, lo que más identifica a esta nueva mujer es el adjetivo “estresada”, ya que nos autoexigimos y nos exigen muchísimo en todos los ámbitos, en casa, en el trabajo, en el sexo, etc. La sociedad nos estresa con sus exigencias (Fernández, 2017).

4.2.El modelo de hombre

A continuación, vamos a explicar el modelo de hombre de la posguerra y de la Transición. Hay que decir, antes de nada, que ni Martín Gaité ni Marta Sanz se explayan en la figura del hombre, ya que la mujer y su papel en la sociedad es el epicentro de los dos ensayos.

Ahora bien, al igual que a las mujeres, a los hombres también se les adoctrinaba y se les daban recomendaciones sobre cómo ser un buen español. Un buen hombre español en la posguerra era lo más parecido al héroe de las novelas rosas. Debía ser complicado y enigmático, y atrapar a la chica por sus problemas (Martín Gaité, 1987, p. 162).

Como hemos visto en el apartado anterior, la mujer soltera era tratada como fracasada. Sin embargo, aquel hombre que no se casaba o no tenía novia era porque no quería. No era nada malo (Martín Gaité, 1987, p. 47). Esto sucedía porque el hombre tenía mayor libertad, mientras que las mujeres estaban muy encorsetadas y limitadas en sus relaciones sociales. Un hombre podía relacionarse con personas de cualquier clase social:

La mayor libertad de movimientos y de expresión que les estaba permitida había de influir, naturalmente, en su aprendizaje del amor, iniciado casi a trancas y barrancas a través de escarceos y de bromas con personas mayores que ellos y más experimentadas. (Martín Gaité, 1987, p. 102).

Así, los hombres podían empezar a tener relaciones sexuales antes del matrimonio: “Lo fácil que era a un adolescente de la época encontrar desahogo a sus nacientes necesidades sexuales y licenciarse de forma perentoria y bastante barata en la asignatura de hombre vivido” (Martín Gaité, 1987, p. 110).

Era tan común el hombre vivido que, incluso a las mujeres, se les decía que no se casasen con un hombre que llegara virgen al matrimonio. Justo al contrario que ellas. Esto ocurre porque son los hombres los que deben enseñarnos, los que deben descubrirnos el camino. Las mujeres debían llegar inocentes para que ellos pudieran transmitirles sus experiencias (Martín Gaité, 1987, p. 106).

Estos hombres también tenían una labor protectora, especialmente con las mujeres de su familia. Así, señala Martín Gaité que “era mal mirado el joven que se desentendía de la conducta de su hermana, que no la acompañaba a las fiestas y que no le echaba algunas broncas si se propasaba en escarceos con algún muchacho de mala reputación” (1987, p, 118).

Algunos de estos hombres padecían enfermedades como consecuencia de la guerra, enfermedades que a veces los volvían tímidos y los hacían sentirse inferiores. Este sentimiento de inferioridad también podía venir por no tener un físico perfecto. Sin embargo, nos explica Martín Gaité que había dos maneras de hacer frente a esto: “O con la cabeza baja y el gesto torcido, o intentando disimular su peso mediante una verborrea incontrolada, plagada de chistes y risas extemporáneas, que convertían al tímido extrovertido en el tipo más abominado por las mujeres” (1987, p. 180).

Como es lógico, no todos los hombres entraban dentro del estereotipo promulgado por el régimen. Aquellos que no eran enigmáticos, debían parecerlo para atraer a las mujeres (Martín Gaité, 1987, p 164). Los hombres, al igual que las mujeres, debían representar.

En la Transición, esto no cambia demasiado. Según Marta Sanz, “nos gustaban los hombres malos, los donjuanes, los poetas, los niños problemáticos, los huerfanitos, los desaparegados, los que montaban en moto, los esnifadores de pegamento y todo bicho viviente al que pudiéramos redimir” (2016, p. 83). Nosotras siempre somos condescendientes, siempre a sus pies para ayudarles a resolver sus problemas. Prácticamente adoptamos un papel maternal.

No obstante, Marta Sanz realiza un experimento en el Bonus Track de su libro. Plantea a Carlos Zanón el mismo cuestionario que entregó a sus seguidoras y descubre que “estas transformaciones también han afectado a la sentimentalidad masculina y que la construcción del amor heterosexual también provoca frustración en los hombres” (Reyes Martín, 2017, p. 358).

Marta Sanz, en su entrevista de Radio Nacional Española (2017), afirma que, aunque las mujeres pueden llegar a parecer las más vulnerables, los hombres, especialmente los de su generación, experimentan sentimientos parecidos a ellas en cuanto a sus relaciones sentimentales. Además, plantea un reto a los hombres: “igual que las mujeres tenemos que ocupar con plenitud de derecho el espacio público, yo creo que vosotros tenéis que empezar a interrogaros muy seriamente cuáles han sido las características o las limitaciones, vuestra vida íntima” (29 min., 15 seg.).

4.3. Las relaciones entre el hombre y la mujer

Me parecen muy atinadas las palabras de Laura Freixas:

Un vistazo al Diccionario de la Real Academia corrobora, [...], la capacidad atribuida al varón para definirse por características independientes del sexo y de la procreación: “hombre de estado, de Iglesia, de negocios, hombre de bien, hombre público”. Por el contrario, las locuciones que hallamos en la voz “mujer” se refieren a esta como ser sexuado: la definen por su capacidad de procrear, [...], sus relaciones sexuales, [...], o esa extensión de unas y otras que es su papel de ama de casa. (Freixas, 2006, p. 47).

Conceptos como estos han creado una jerarquía en las relaciones entre el hombre y la mujer. Anteriormente hemos visto que la chica era inocente e inexperta. Esto influía en gran medida en su forma de interactuar con el sexo opuesto.

En la posguerra, cuando una joven entraba en el mundo del noviazgo y el matrimonio, debía seguir unos pasos muy marcados. El primer paso era la puesta de largo. Para las chicas era un evento muy importante porque se trataba de fiestas nocturnas y tenían permiso por primera vez para llegar a casa tarde. Aun así, la hora de llegada era las diez de la noche y las jóvenes no llevaban llaves, así que esta libertad era relativa (Martín Gaité, 1987, p. 146).

A la puesta de largo, le seguía la presentación. En esta etapa, “a las chicas tímidas o que habían tratado con poca gente, se les recomendaba naturalidad y aplomo” (Martín Gaité, 1987, p. 187). Los chicos, por su parte, debían poner atención en la forma de dar la mano:

Entre las muchachas de mi generación se atribuía mucha importancia a la forma que un hombre tenía de dar la mano. No gustaba mucho el apretón rudo y seco [...], pero menos todavía la viscosidad y falta de arrestos que entrañaba el extremo opuesto. Decir que un chico “daba la mano floja” era el peor presagio. (Martín Gaité, 1987, p. 188).

Algunas veces, a esta etapa se le anticipaba el intercambio de miradas. Aquí, la chica debía ser muy femenina y sutil, pero estimular al chico para la posterior presentación. Estas miradas normalmente ocurrían en espacios exteriores, como las plazas de las ciudades, en las horas en que se paseaba, “de una a dos y de nueve a diez” (Martín Gaité, 1987, p. 191). A esto se le sumaba el intercambio de información sobre el porvenir de los muchachos.

En estas fases, a la chica se le daban unas pautas a seguir muy similares a una táctica bélica: “La mujer tenía que “pararle los pies”, “darse a valer”, “guardar las distancias”, “tenerlo a raya”, “no darle pie” (Martín Gaité, 1987, p. 175).

Esta última, la de “dar pie” estaba muy difundida y era muy empleada en la época. Se basaba en permitir un acercamiento con los muchachos, pero nunca pasar el límite para que él pensara que se tenía otra intención. Había que ser una mujer decente (Martín Gaité, 1987, p. 193).

Después de la presentación, llegaba la fase del acompañamiento. Se podían tener varios acompañantes, pero siempre había uno que era el favorito. En esos años, el cine era el espacio donde podía avanzar la relación con el acompañante. Si este chico sabía que la joven iba a ir al cine con sus amigas, él podía reservar una entrada para sentarse juntos en la sala (Martín Gaité, 1987, p. 200).

En esta etapa del acompañamiento, aún cabía la posibilidad de que alguna amiga más extrovertida y lanzada se interpusiera en la relación (Martín Gaité, 1987, p. 190).

Justo a continuación, se comenzaba a salir con el chico. La relación ya es aquí algo más seria y se permiten las llamadas telefónicas. Llamar por teléfono en la posguerra no era nada parecido a lo que supone actualmente. El teléfono estaba normalmente en una

zona concurrida de la casa, como podía ser el pasillo, y había únicamente uno para toda la familia. Esto quiere decir que en el momento en el que el chico llamaba a casa de la chica, la familia se involucraba en la relación (Martín Gaité, 1987, p. 201).

Cabe destacar que tanto en la fase de salir como en las anteriores, la Sección Femenina recomendaba que las muchachas no se dejaran invitar para que el chico no pensara que se tenían otras intenciones menos decentes (Martín Gaité, 1987, p. 202).

El siguiente paso era la declaración de amor, la cual siempre hacían los chicos. No obstante, tras la declaración era el único momento en el que la chica tenía algún protagonismo, ya que era ella la que debía decidir si aceptar o declinar la proposición. Algunas muchachas incluso demoraban la toma de decisión para poder sentir durante más tiempo que tenían el poder en sus manos (Martín Gaité, 1987, p. 206).

Al iniciar una relación más seria, se atendía a lo que algunos llamaban “la escuela del matrimonio”, es decir, “significaba una etapa de aprendizaje” (Martín Gaité, 1987, p. 169). Sin embargo, no era un aprendizaje satisfactorio, “sino más bien era presentada como una ascesis, como una especie de camino de perfección individual” (Martín Gaité, 1987, p. 169).

En el momento en el que se iniciaba una relación, se comenzaba un camino con dos direcciones opuestas:

Una la del ensayo de aquella pasión soñada, vía de libertad y juego que clamaba por los fueros de la entrega placentera al presente. Otra de integración en el mundo adulto y de sumisión a sus leyes de ahorro y de sentido común, donde el control del grupo familiar de cada enamorado presionaba para que la meta del futuro desactivase el placer del vuelo de la pareja. [...] Se trataba de cortar alas. (Martín Gaité, 1987, p. 210).

En público, se le permitía a la pareja ir agarrados del brazo por la calle y “hacer manitas” (Martín Gaité, 1987, p. 211). Era en este momento cuando la novia debía demostrar su educación. El novio comenzaba a desearla sexualmente, pero ella debía ponerle límites desde el inicio. A las chicas se les decía que los hombres dejaban a las mujeres que se dejaban llevar fácilmente por las pasiones (Martín Gaité, 1987, p. 213).

Un momento importante en la relación era cuando el novio entraba en casa, ya que suponía un mayor compromiso entre ambos. Esto podía llegar a provocar cierta presión en el chico, especialmente por parte de la familia (Martín Gaité, 1987, p. 216).

En el momento en el que empezaban una relación seria, la muchacha preparaba el ajuar, no quedaba con sus amigas si el chico no estaba, se centraba única y exclusivamente en el muchacho. Entonces surgían los primeros problemas en la pareja. No se hablaba para arreglar estos problemas, simplemente se dejaban pasar (Martín Gaité, 1987, p. 218).

Es aquí donde cobran relevancia los llamados consultorios sentimentales (Martín Gaité, 1987, p. 173). Las muchachas enviaban sus dudas y preguntas sobre el curso de sus relaciones, ya que no sabían cómo solucionar los problemas ellas solas. Son muchos los consejos que daban, pero los más recurrentes eran la indiferencia fingida y el fingimiento (Martín Gaité, 1987, p. 176). Una vez más, nos enseñan a no mostrarnos tal y como somos, sino a mentir y mostrar una cosa distinta de la realidad:

A mi modo de ver, aquella represión sexual, aunque pudo efectivamente provocar la infelicidad de muchos matrimonios, no era ni mucho menos tan grave como otro fenómeno más desatendido y subyacente al primero: el de la represión de la sinceridad entre los hombres y mujeres a lo largo de los años de trato. [...] La exaltación de la insinceridad. (Martín Gaité 1987, p. 219).

Una vez casada, “se precisaba una mujer complaciente en las relaciones sexuales con su marido, al que no podía negarle el deseo, se entendía que debía estar siempre dispuesta para prestarse a esos impulsos” (Dios Fernández, 2014, p. 39).

Esta mujer de la posguerra debía estar todo el día en casa haciendo las tareas del hogar y preparándose para cuando llegara su marido. Ella debía estar siempre impecable para él, pero pareciendo natural. Debían ser sensuales, pero no sexuales. El gozo de su propia sexualidad estaba muy mal visto: “Se castigaba la iniciativa sexual femenina y el propio derecho al placer” (Dios Fernández, 2014, p. 40).

Como hemos comentado anteriormente, a las mujeres siempre se nos ha asignado el hogar y el amor a la familia como centro de nuestra vida. Sin embargo, cuando Marta Sanz les pregunta a sus seguidoras por la existencia o no de diferencias generacionales, muchas de ellas se posicionan en el sí y acentúan así las distancias con la generación precedente:

Nekane es exhaustiva: “Yo creo que sí. Nuestras madres tenían mucho menos información, eran herederas directas de la educación franquista, toda la ‘liberación’ de los 70 y 80 les llegó un poco tarde. Mi generación (nacidas entre finales de los 60 y mediados de los 70) creo que todavía acarrea ese lastre de la educación franquista, en

buena medida a través de nuestras madres, pero hemos tenido la oportunidad de experimentar mucho más, de probar otros modelos de relación”. (Sanz, 2016, p. 29).

Marcela va un paso más allá: “Un abismo. Mi madre fue virgen al matrimonio, con eso lo digo todo. Una aberración; se casaban (que antes era para siempre) con un tío que no conocían en la cama ¿Cómo se puede concebir eso? [...] El rol de las mujeres ha cambiado, ya no son las amitas de casa obligadas socialmente a complacer a sus maridos sin rechistar”.

[...]

Isabel escarba en su universo autobiográfico: “Sí, la referencia la tengo en mi madre. Ella se casó [...] y se quedaba embarazada sin saber muy bien qué era aquello”. (Sanz, 2016, p. 30).

Solo con estos tres testimonios, ya hemos desmontado lo que hemos dicho unas líneas más arriba. Las relaciones hoy en día han cambiado y las mujeres somos más libres que nunca para decidir qué queremos, cómo y cuándo. Hoy en día, no buscamos un Príncipe Azul, buscamos a alguien con quien estar a gusto y compartir la vida. Así, Marta Sanz (2016) pregunta a su coro femenino si creen en la existencia del Príncipe Azul:

“Creo que nunca he creído en él. Siempre me ha parecido un tío cursi” (Nekane).

[...]

“Cuando descubrí que yo tampoco era una princesa” (Marcela).

[...]

“Depende de lo que se entienda por príncipe azul, si nos referimos a un compañero de vida leal y que te cuida, entonces sí creo”. (Sanz, 2016, p. 42).

Así, a pesar de que hoy en día nos quieren vender el amor rápido, sin ataduras y libre, muchas mujeres han encontrado a una persona con la que pasar su vida y están muy felices por ello. Marta Sanz derriba así la supuesta desaparición de la monogamia:

De los testimonios de Marcela, Regina, Mónica y Celia deducimos que, aunque el mundo de las apps nos venda la moto de que la monogamia no existe y de que las parejas ya no son para siempre, sino que se van superponiendo, la pareja monógama extendida en el tiempo se aferra con fuerza a nuestro imaginario y a nuestra vida cotidiana. Es sorprendente el hecho de que muchas mujeres se casen y sigan casadas -o emparejadas- con su primer novio. (2016, p. 61).

Y un poco más adelante:

Cari responde al arquetipo de la mujer que se ha acostado con un solo hombre a lo largo de su vida. Un arquetipo que asociamos a la generación de nuestras madres y que pervive en la generación de mujeres educadas en la época de la transición hacia la democracia. (2016, p. 63).

Y ahí es donde está la clave. El hecho de poder tener más de una relación a lo largo de nuestra vida sin ser señaladas y castigadas por ello no implica la obligación de hacerlo. Hay mujeres que han encontrado en ese primer amor un compañero para toda la vida y es tan lícito como aquella mujer que decide divorciarse y vivir su sexualidad libremente.

Evidentemente, en la Transición se eliminan todos esos pasos para tener una relación con un hombre. Marta Sanz los ejemplifica así:

A diferencia de mis padres que solo se habrían mordido la boca, mi marido y yo antes de presentarnos delante de la jueza ya habíamos follado. [...] Nosotros nos conocíamos, no estábamos nerviosos. (2016, p. 193).

La gran mayoría de relaciones en la Transición y hoy en día se basan en la comunicación, en la sinceridad y, sobre todo, en la libertad individual de cada uno de los integrantes de la pareja. Así, Martín Gaité y Marta Sanz nos dan su opinión al respecto:

Deber no lo diría yo de nada. Yo creo que nadie debe ni no debe. No creo que haya deberes hacia nada. (Siurana, 1989, p. 43).

Considera la autora que 'Éramos mujeres jóvenes' no es "un libro prescriptivo, sino que describe. Es una descripción, una muestra pequeña de mujeres de una generación, que nunca invitar a un "deber ser". Pretende simplemente que seamos felices, con una pareja de toda la vida o follando con muchas parejas. No hay nada punible ni censurable aquí". (Bulnes, 2016)

Lo importante es que nadie pueda imponer nada en el territorio de los afectos y de los cuidados. No me impongan el matrimonio ni la maternidad. [...] No me den recetas. Y, si me quiero casar, me caso y, si me quiero divorciar, me divorcio. Y, si me quiero acostar con mujeres o con hombres muchísimo más viejos o más jóvenes que yo, [...] me acostaré sin que nadie tenga que mirarme por el rabillo del ojo. [...] En esas estamos, así que, por favor, déjenos en paz. (Marta Sanz, 2016, p. 200).

4.4. Las amistades femeninas y las amistades entre hombres y mujeres

Las amistades, al igual que las relaciones sentimentales, han evolucionado mucho desde la posguerra hasta la actualidad, especialmente las que son entre personas de diferente sexo.

En la posguerra, las amistades femeninas se tomaban como una demostración más del carácter de la chica y de la aceptación de las recomendaciones de la Sección Femenina de Falange. No importaba si eras tímida o extrovertida. Debías actuar igual que las demás.

Lo correcto era que las amigas fueran las confidentes y había que contarles absolutamente todo sobre tu relación amorosa, excepto aquello que tuviera que ver con el sexo, ya que era un tema tabú para las mujeres (Martín Gaité, 1987, p. 189).

La chica que no siguiera este proceder era considerada “rara” y “se interpretaba como una falta de solidaridad, como un síntoma de antipatía que casi resultaba insultante” (Martín Gaité, 1987, p. 189).

Hoy en día, sin embargo, no se exige nada. Somos libres, también en este terreno, para decidir contar o no contar nuestras vivencias a nuestras amigas, incluso somos libres para no tenerlas:

“Tengo siempre amigas confidentes, en la adolescencia y ahora. Con el tiempo va cogiendo fuerza este tipo de amistad”, explica Regina.

[...]

Lo que cuenta Margarita nos resulta completamente familiar: “Tuve mejor amiga en la infancia y luego tuve amigas confidentes. Las sigo teniendo”.

[...]

La respuesta de Mer tampoco me saca de la duda: “En los años de adolescencia no tenía una mujer amiga confidente, pero ahora sí.

[...]

El caso de Mónica es peculiar: “La verdad es que no, en ese momento cada uno estaba intentando descubrir todo sobre sí mismo y ahora tengo muy buenas amigas con las que comparto muchas cosas, pero no como confidentes, más bien como compañeras en este viaje”.

[...]

Cari subraya la conveniencia de estrechar los vínculos entre las mujeres: “Si la tenía, y la sigo teniendo. Creo que mantener los vínculos de amistad es superimportante para las mujeres”. (San, 2016, p. 86).

De la respuesta de Cari, podemos entender lo importante que es crear lazos de unión entre mujeres. No solamente en relaciones de amistad, sino como género. Ir todas a una. Así, Marta Sanz en su entrevista en Radio Nacional Española (2017) expone:

También pienso que hay, en determinados asuntos, en los que las mujeres sí que deberíamos ir de la mano, sobre todo cuando se producen atentados directos contra nosotras, cuando nuestras diferencias se convierten en desventajas de una manera pública. Creo que en esos casos sí que debemos aglutinar nuestras fuerzas e ir como una sola mujer a corregir cosas que están mal hechas. (15 min. 43 seg.)

Las relaciones de amistad entre un hombre y una mujer han evolucionado muchísimo. En la posguerra, se adoctrinó a las mujeres en cuanto a su comportamiento con los hombres porque era un tema que preocupaba bastante. No estaba bien visto tener una relación de amistad con una persona del sexo opuesto. Esta prohibición era fácil de controlar en la adolescencia, ya que, como hemos dicho, la educación estaba segmentada por sexos. Sin embargo, una vez que se comenzaba la universidad, se hacía imposible evitar estas relaciones. No obstante, para intentar controlarlas, se daban una serie de consignas:

A los amigos nunca se les saludaba dándoles un beso, sino la mano. [...] A un chico a quien se le escapara un chiste atrevido o un taco delante de una señorita, se le catalogaba inmediatamente como un grosero. Ella, por supuesto, ponía cara de no entender. (Martín Gaité, 1987, p. 202).

A esto se le sumaba, como sabemos, que una chica jamás se podía dejar invitar para que no malinterpretasen sus intenciones (Martín Gaité, 1987, p. 202).

Marta Sanz (2016), una vez más, les pasa el micrófono a sus seguidoras y estas cuentan si han tenido o tienen amigos chicos:

Creo y lo corroboro. Exactamente igual, tuve amigos, amigos (Silvia). (Sanz, 2016, p. 87).

Sí, sin duda. ¿Era igual en la adolescencia? Sí, puedo presumir de tener muy buenos amigos y los sigo teniendo de mayor. Se puede perfectamente ser muy buenas amiga de un hombre, claro que sí (Mer). (Sanz, 2016, p. 87).

Sí, tengo varios. Era más difícil (en la adolescencia), pero sí tuve alguno (Yolanda).
(Sanz, 2016, p. 87).

Tengo amigos hombres. Ahora es más fácil no confundir la relación (Margarita).
(Sanz, 2016, p. 88).

A veces es posible, pero me parece complicado. [...] Aun así admito que tengo amigos a los que quiero de una manera “fraternal y casta” ¿Era igual en la adolescencia? Precisamente algunos de esos amigos proceden de la adolescencia y aún los mantengo. (Marcela). (Sanz, 2016, p. 88).

Comprobamos en este tema también, que ha habido un avance afortunadamente a la hora de entablar relaciones de amistad con chicos y con chicas. Son relaciones menos exigentes y encorsetadas que anteriormente.

4.5. Las representaciones culturales

Carmen Martín Gaité, en la entrevista con Siurana (1989), explica que: “Nadie sabría lo que es el amor si no hubiera oído hablar previamente de él, si no se hubieran leído novelas sobre él” (p. 45). Sin embargo, esta representación del amor a veces está edulcorada y nos transmite una imagen errónea. Smith destaca que “los regímenes fascistas del siglo XX dependían de arquetipos y mitos para fundar una realidad monolítica que resonaba, [...] con las masas” (2007, p. 5). Son muchos los mecanismos que se utilizaban para adoctrinar a la población, especialmente a la población joven. Vamos a ver los más comunes. Este adoctrinamiento solía comenzar en edades muy tempranas. La literatura infantil era especialmente peligrosa porque se desarrollaba bajo un esquema patriarcal, donde había una fuerte distinción entre géneros (Pérez, 2009). Así, Martín Gaité nos pone un ejemplo muy claro:

La mística de la masculinidad venía exaltada ya en los tebeos de aventuras dedicados a los niños. [...] Ellas leían publicaciones como la revista Chicas, que luego se llamó Mis chicas, donde se les daba consejos de higiene, de comportamiento social, de cocina y de labores, y se las encaminaba hacia paraísos de ternura sublimados en breves relatos de final feliz.

[...]

Pero al niño no había que educarlo en la pasividad, convenía que se identificara desde la primera edad con aquellos héroes de papel, infatigablemente luchadores e indefectiblemente victoriosos. (1987, p. 103).

Las mujeres fueron las más perjudicadas y se les inculcaba mucho cuál era su destino en el mundo y cómo conseguirlo: el matrimonio y la maternidad. Para ello, se inventó una muñeca que recibía el nombre de Mariquita Pérez:

De esta manera las niñas, [...] ensayaban sus vagos anhelos de maternidad entregándose al paraíso ficticio de coserle vestidos a una muñeca de trapo o de cartón, que se plegaba inerte a sus caprichos y nunca rechistaba. La acunaban, le hacían comiditas y la reñían porque había dejado su ropa tirada por el medio, en revancha mimética de las reprimendas que ellas mismas recibían de sus madres. (Martín Gaité, 1987, p. 126).

Ya en la juventud, las mujeres leían las conocidas novelas rosas. Estas novelas generaban ciertas contradicciones: por un lado, era una literatura hecha por mujeres y destinada a mujeres; pero, por otro lado, el gobierno franquista consideraba que estas novelas confundían a la mujer sobre el camino que la llevaría a lograr aquello para lo que había nacido (Carbayo-Abengózar, 2014, p. 149).

Estas novelas se consideraban buenas mientras que la mujer se casaba. Una vez casada, había que dejarlas porque no mostraban la realidad de la vida cotidiana (Carbayo-Abengózar, 2014, p. 150).

El régimen convirtió en su seña propia las coplas, especialmente las de Concha Piquer, ya que eran accesibles a todo el mundo y no eran intelectuales, no hacían reflexionar, por lo que no suponían un riesgo para la mujer (Carbayo-Abengózar, 2014, p. 152).

Las novelas rosas perduraron en el tiempo, pero con la publicación de *Nada* de Carmen Laforet, se inició un camino para la mujer en la literatura completamente diferente al conocido hasta entonces. En lo que a los temas se refiere, en estas nuevas novelas “un tema común es el abandono, la orfandad materna, la ausencia de la madre y la presencia, a veces, de figuras femeninas que ocupan su lugar y que son fuertes, represoras y negativas para unas adolescentes huérfanas” (López-Cabrales, 2000, p. 36).

Otra manera muy común de establecer modelos de conducta fue y es la publicidad. Con la llegada del capitalismo esto es incrementó:

A finales de los sesenta y hasta principios de los noventa, la publicidad de los medios de comunicación pretendía mostrar que la introducción de productos como la moda prêt à porter, la comida enlatada y en especial los electrodomésticos habían facilitado la vida del ama de casa. Estas nuevas creaciones se publicitaban como verdaderos medios de emancipación. (Dios Fernández, 2014, p. 42).

Esto podemos relacionarlo con lo que Marta Sanz nos explica sobre cómo le hacen sentir estos modelos completamente irreales:

Pienso que estas historias no son mis historias, [...], pero que a menudo me venden cosas, modelos vitales, que me cuesta asumir. [...] Temo que nos están colocando espejos delante, falsos espejos; que la brecha que separa la realidad de los deseos inducidos por la publicidad e incluso por ciertas manifestaciones culturales es tan enorme y tan ajena que solo suele provocarnos frustración y que, en este sentido, las mujeres somos víctimas propicias por nuestro tradicional apego al mundo de la sentimentalidad y de lo íntimo. (2016, p. 49).

Y todas estas representaciones culturales nos hacen esclavas por miedo a decepcionar. Había que cumplir sin excusa todos los modelos y estereotipos incrustados en la cultura y difundidos por la publicidad (Marta Sanz, 2016).

No obstante, durante la Transición, se han desarrollado discursos antagónicos. Por un lado, hay representaciones culturales de la libertad sexual y amorosa de la mujer; pero, por otro lado, hay referencias que inciden en ese modelo franquista y arcaico de la mujer como esposa y subordinada al hombre (Marta Sanz, 2016). Ambos discursos son necesarios: uno para aprender que es lo que no debemos volver a hacer, y otro para continuar desarrollando nuestra libertad individual.

5. Algunas diferencias

5.1. La maternidad

Como hemos comentado, el discurso franquista consideraba que el objetivo principal en la vida de una mujer era el matrimonio y la maternidad. La mujer que no se casara y no fuera madre no estaba bien vista por la sociedad española. Además, esta mujer debía sacrificarse por sus hijos.

Las madres eran las educadoras de los hijos en casa. Era vital que ellas lo fueran, aunque en el resto de los ámbitos estaban en un segundo plano. Dios Fernández lo ejemplifica así:

Se produce así una división entre poder e influencia; la influencia es la habilidad de persuadir o manipular a otros, no se basa en la fuerza sino en el carisma o en la autoridad moral. [...] Las mujeres contaban con la capacidad de influir en las decisiones de su marido, la influencia se consideraba algo lícito, algo “natural” de la feminidad española. (2014, p. 36).

Además, en muchos hogares, a causa de la guerra, los maridos habían muerto y eran esas mujeres las que debían sacar adelante a la familia. Eran el único referente (Martín Gaité, 1987, p. 112). Estas madres tenían un papel fundamental en la decisión de casar a sus hijos y a sus hijas:

Las dignas y suspicaces madres exigían garantías de porvenir a sus futuros yernos y soñaban para sus hijas un ascenso en la escala social. Para sus hijos varones, [...], deseaban simplemente una mujer que no los echara a perder y que se pareciera lo más posible a ellas mismas. (Martín Gaité, 1987, p. 119).

Con la muerte de Franco, todos estos preceptos de la maternidad quedaron relegados. Gracias a inventos como los anticonceptivos o el aborto, las mujeres podían decidir si querían ser madres o no (Nieva de la Paz, 2009). Por ello, en *Éramos mujeres jóvenes*, Marta Sanz no trata tan de lleno este tema. Ser madre ya no es algo obligatorio para la mujer.

5.2. La tecnología presente en las relaciones sentimentales

Marta Sanz señala que hoy en día a causa del trabajo tanto fuera como dentro de casa, la sociedad no tiene tiempo para el ocio y, sin tiempo para esto, encontrar pareja se vuelve algo más complicado: “Todo ha de ser rápido, eficaz y superficial” (Marta Sanz, 2016, p. 40).

Por eso, hoy en día, las aplicaciones para encontrar pareja están en alza. La tecnología marca nuestras vidas en muchos ámbitos, no iba a ser menos el de las relaciones sentimentales:

Poco a poco, también en sus rutinas amorosas la especie humana se apartará del resto de las especies animales, [...] Evolucionamos hacia el ciborg. [...] Me pongo dramática porque estoy asustada, y grito que prefiero la temperatura de la piel a la de las pantallas táctiles. (Sanz, 2016, p. 37).

La reflexión de Marta Sanz acerca de la digitalización de las relaciones es controvertida. Por un lado, piensa que así son más divertidas, pero, por otro lado, le da miedo que las relaciones se vuelvan tan banales como un “me gusta”.

5.3. La sexualidad femenina y la educación sexual

Como hemos visto anteriormente, el franquismo se identifica con una absoluta represión sexual de la mujer y una negación de su sexualidad.

En la Transición el tema da un giro de 360°C. Marta Sanz comienza preguntando a sus seguidoras por su primera experiencia sexual:

Hay palabras que queremos desterrar de nuestro vocabulario erótico, pese a que son más comunes de lo que pensamos. Por ejemplo, abuso, estupro, violación. Nos dice Cristina: “De niña. No recuerdo detalles. Con 3 o 4 años. Recuerdo borrosos contactos íntimos”. (2016, p. 16).

El testimonio de Cristina nos lleva directamente a reflexionar sobre los abusos que sufren día a día las mujeres. No pasa un día sin una noticia en los medios de comunicación relacionada con este tipo de situaciones, y a esto habría que sumarle todas aquellas que no se denuncian y quedan en la sombra:

En Mehanviolado.com se aventuran a lanzar una cifra de delitos sexuales en España basándose en diversos informes de organismos internacionales. ‘Hemos calculado que el 75% de los delitos sexuales no se denuncia’. [...] En un año se producirían en nuestro país 29.874 agresiones sexuales (incluyendo abuso, acoso y agresiones), o lo que es lo mismo una cada 17 minutos. (Sanz, 2016, p. 98).

No obstante, las primeras experiencias de algunas mujeres no son traumáticas:

Regina (bióloga, gestora I+D, 51 años) reacciona con entusiasmo: “Muy bien, muy natural, emocionante, excitante, divertida, emotiva...”. (Sanz, 2016, p. 16).

Mer, profesora de 52 años, dice: “Fue poco a poco, nada traumática”. (Sanz, 2016, p. 16).

“¡Uf, hace tanto tiempo! En mi casa, sola. Por supuesto, no se lo dije a nadie. Sí que lo recuerdo como algo muy placentero...pero secreto y desconocido. No tenía ni idea de que pudiera sentir algo así”: Alicia (actriz, 48 años) subraya la mística de un gozo sexual que se encuentra casi por sorpresa. (Sanz, 2016, p. 17).

Yolanda, abogada de 53 años, apunta hacia la posibilidad muy familiar, la del juego con las amigas, [...]: “Siendo una niña, unos 8 años, con una amiga mayor que yo”. (Sanz, 2016, p. 17).

Nekane, profesora de 42 años, se coloca en la antípoda de la precocidad e introduce un elemento, vinculado a la sexualidad de las mujeres, el asco, [...]: “Tenía unos 13 años. Una amiga y yo habíamos quedado con dos chicos mayores (de 16 o 17) para beber unas litronas y fumar. [...] Poco después de empezar a beber uno de ellos se me acercó, me besó y me metió la lengua hasta el esternón. Me dio un asco tremendo”. (Sanz, 2016, p. 18).

También lo que cuenta Marcela (comercial, 44 años) me parece muy representativo: “Los primeros acercamientos de carácter sexual fueron muy tempranos, en la infancia, casi siempre con personas de mi sexo, amigas y compañeras de edades similares [...] Y por supuesto el autoplacer, ese farragoso terreno femenino que, cuando lo descubres a tan temprana edad, te crees que es fruto de una enfermedad rara y que solo te pasa a ti”. (Sanz, 2016, p. 19).

Este último testimonio, el de Marcela, que descubre el autoplacer sin saber muy bien qué es eso, nos lleva directamente a hacer una reflexión sobre la educación sexual que recibieron estas mujeres:

“Muy represiva. Mi familia era algo que podríamos llamar católica integrista. Además, me eduqué en un colegio religioso femenino” (Cristina). (Sanz, 2016, p. 25).

“No recibí educación sexual” (Silvia, filóloga, 45 años). (Sanz, 2016, p. 25).

“Viví una época en la que el sexo era un tabú. Solo escuchaba a mi madre ‘Ten cuidado’ y nunca supe descifrar aquello. Nuestros padres controlaban las películas que veíamos, el cine y el teatro al que asistíamos y los amigos con los que salíamos” (Isa). (Sanz, 2016, p. 25).

“Represiva de todas todas” (Mer). (Sanz, 2016, p. 25).

“No sé si se puede llamar ‘educación’ a lo que recibí. Sana desde luego no lo era. En mi casa no se hablaba jamás de sexo (ni bien ni mal) y hasta los 14 años estuve en un colegio de monjas. O sea, lo que aprendí fue gracias a amigas más promiscuas que yo, en la tele...yo que sé. No tenía ni puta idea de nada” (Nekane). (Sanz, 2016, p. 25).

“Sencillamente no recibí educación sexual, [...] En mi casa el tema del sexo ha sido siempre tabú, como si por hablar abiertamente de eso nos estuviera arrojando a los abismos de la perversión. Mi educación sexual se ha ido completando con las conversaciones entre amigas, las charlas que se organizaban en el instituto y un propia experiencia.” (Celia). (Sanz, 2016, p. 26).

Después de preguntarles a las seguidoras cómo han vivido su sexualidad gracias a la educación que han recibido que, como podemos comprobar, ha sido en la mayoría de los casos inexistente, les pregunta si ellas, en su papel de madre, harían lo mismo. Según Marta Sanz, “casi todas coinciden en que no educarían a sus hijos con los valores que les transmitieron sus padres. De hecho, muchas usan la palabra taxativa: “Jamás” (2016, p. 26).

El tema central del ensayo de Marta Sanz es la sexualidad femenina y estrechamente relacionado está la cuestión de si con la llegada de la democracia, la mujer se liberó sexualmente. Marta Sanz vuelve a plantearles esta duda a sus interlocutoras:

Indudablemente con ella llegó el destape y las películas sobre el sexo y la industria in crescendo de la pornografía (Mer). (Sanz, 2016, p. 103).

Creo que un poco de todo. Por supuesto que nos liberó, afortunadamente, pero como contrapartida es cierto que el sexo hoy en día se ha convertido en un bien de consumo, incluso sobrevalorado, vendido con una imagen distorsionada. Quizá ese es el precio que hay que pagar, pero aun así el lado positivo de todo esto es que cada uno puede elegir de qué manera incluir el sexo en su vida, algo que antes era impensable y si lo hacía era clandestinamente (Marcela). (Sanz, 2016, p. 104).

Ha habido una liberación de la comercialización del cuerpo femenino, no tanto una liberación sexual. [...] Pero, todavía, y creo que mi testimonio habla por sí solo, no hemos tenido una educación para la liberación sexual, no hemos tenido control sobre nuestros propios deseos y por supuesto tampoco lo hemos tenido sobre nuestros cuerpos. [...] La democracia cambió la fachada, pero no todo el sustrato, esas capas y capas de mugre católica que no se volatizan enseñando las tetas o encumbrando el cine de Almodóvar (Nekane). (Sanz, 2016, p. 104).

Las dos cosas. Mi madre estaba mucho más reprimida que yo- eso es indudable- y en los años cuarenta- cincuenta el sexo ya era un pretexto para vender y comprar. Pero muchas veces cuando miro a mi alrededor, a los jóvenes, pienso que las mujeres no nos hemos liberado en absoluto. El sexo sigue siendo un tabú (Alicia). (Sanz, 2016, p. 105).

La democracia hizo más fácil el sexo, pero no lo hizo mejor (Cristina). (Sanz, 2016, p. 105).

¿Nos liberó? (Silvia). (Sanz, 2016, p. 105).

Marta Sanz, en la entrevista de Radio Nacional (2017), deja muy clara su opinión al respecto: “Hemos pasado de unas represiones a otras como consecuencia de un cambio de modelo económico y social” (11 min., 26seg.)

Además, habla de una transición, de lo que supone esto desde el franquismo hasta la democracia:

Partimos de ese caldo de cultivo, [...], donde el cuerpo de las mujeres y la sexualidad de las mujeres estaba tachado, estaba siempre relacionado al asco, la vergüenza, la suciedad, a la ninfomanía. Y pasamos de eso, delicada y sutilmente, a una época donde de algún modo la mujer a través de sus luchas se va empoderando (que es una palabra que se utiliza mucho ahora) de su propio cuerpo [...] Y luego pasamos a una deriva neoliberal, donde yo creo que las mujeres volvemos a estar nuevamente reprimidas, pero no por lo que estábamos reprimidas antes, sino por el imperativo de ser sujetos eróticos permanentemente activos y consumidores. (10min., 20seg.).

Con esto queda claro que la liberación sexual de la mujer más que una liberación fue una responsabilidad más. Había que ser una amante increíble al igual que una madre estupenda y una esposa servicial. Supuso un peso más para la mujer (Sanz, 2016, p. 71).

Marta Sanz explica que en el franquismo la sexualidad femenina se percibía con asco y practicar sexo era algo sucio, mientras que en la Transición las cosas cambian, como evidencian las respuestas de sus interlocutoras:

Yolanda dice que no e Isabel también, aunque con un matiz: “No, si es sentido y consentido, no”. (Sanz, 2016, p. 95).

“Quizás entiendo el sexo como la intimidad entre dos personas, y nunca me he planteado que eso me diera asco” (Cari). (Sanz, 2016, p. 95).

“En principio no, pero podría tener matices”, comenta Regina. Pilar, Margarita y Alicia dicen que sí, que hay cosas que les dan asco, pero no aportan más explicaciones. (Sanz, 2016, p. 96).

“No lo sé”, dice Cristina y ese no saber tal vez exprese la dificultad de enfrentarnos a nuestras emociones más desagradables, a nuestra estrechez de miras o al ensanchamiento artificial de esas miras que la publicidad nos impone para ajustarnos a

un modelo y vendernos cosas sin las cuales nunca cabremos en ese corsé. (Sanz, 2016, p. 96).

En cuanto a la pregunta de si se han sentido sucias alguna vez con el sexo, las respuestas son también variadas:

Entre el “Jamás” de Cari o el “No” de Silvia y Regina, y el “Claro, como todas, ¿no?” de Cristina, existe una gama compleja de manchas y grises: “No por ahora, que nunca se sabe” (Mer). (Sanz, 2016, p. 96)

No diría ‘sucias’, pero sí utilizada, puede que la palabra sea ‘sucias’ también” (Isabel). (Sanz, 2016, p. 97).

“La verdad es que me repele que quizá con ese primer novio que tuve a los 13 años rebasamos algunos límites que hoy en día me parecen completamente inocentes pero que en aquella época sentí como ‘excesivos’ para mi edad” (Marcela). (Sanz, 2016, p. 97).

“Con 14 años un compañero de clase de bajó los pantalones delante de mí con el pene en pleno apogeo y me hizo sentir un asco que aún recuerdo, además me atormentaba la idea de que alguien nos hubiera podido ver y sacar conclusiones equivocadas. También me he sentido sucias en el metro, una vez se me acercó un hombre empalmado intentando sobarme y me sentí fatal” (Celia). (Sanz, 2016, p. 98).

“Sí, una vez, una violación” (Yolanda). (Sanz, 2016, p. 98).

Otro aspecto que hemos de comentar es cómo esa liberación sexual sirvió al menos para tener una mayor salud sexual, tanto por los métodos anticonceptivos que se utilizan, como por lo mucho que nos preocupa nuestra salud sexual y su control:

La evidencia es que mi suegra o mi abuela solo fueron al ginecólogo cuando se quedaron embarazadas. A veces ni eso. Nosotras nos hacemos revisiones anuales. [...] La vagina deja de ser una fruta, una caverna, para convertirse en un templo que se frecuenta mucho. (Sanz, 2016, p. 154).

Esto se relaciona con la conquista del cuerpo. Marta Sanz desarrolla este tema en la mayoría de sus escritos y no podríamos pasar sin comentarlo. Así, ella pregunta a sus seguidoras si creen que dominan su cuerpo:

Marcela responde: “Creo que es en la treintena cuando empiezas a tener más consciencia de tu propio cuerpo. Te vas relajando y disfrutando”. Celia está de acuerdo con la hipótesis de Marcela y Pilar también, aunque introduciendo un matiz crítico: “Pues muy tarde. Pasados los treinta y cinco o más”. (Sanz, 2016, p. 161).

Con la respuesta de Isabel, estremecedora, descubro que la masturbación forma parte de lo que no se dice: “Por la época y el contexto propio, muy tarde. Aprendí a masturbarme con 25 o 26 años”. (Sanz, 2016, p. 162).

En la respuesta de Cristina aparece la variable de la edad y la conveniencia de abordar estos asuntos desde una perspectiva desensimismada, una perspectiva en la que el diálogo con la pareja es fundamental: [...] A partir de los 40 es cuando yo retomé el control de mi cuerpo, su presencia y su sexualidad. Pero insisto en que va trezado con las esclavitudes y sumisiones a las que te lleva tu pareja”. (Sanz, 2016, p. 162).

Nekane también tiene en cuenta la interacción con la pareja, pero desde un enfoque más romántico: “A los 38 años, cuando conozco a mi compañero actual. Hasta entonces no tenía ni idea de que podía disfrutar tanto de mi cuerpo. No lo quería demasiado (a mi cuerpo, digo). Estaba ahí, más bien escondido, [...] Tampoco me gustaba ni estaba cómoda en él. Ahora me gusta muchísimo más”. (Sanz, 2016, p. 163).

Cari, que huye de las relaciones en las que se siente que de verdad se ha enamorado por miedo a perder el control, [...]: ¿A los cuarenta? Jajajaja, ¿O quizás nunca?” (Sanz, 2016, p. 163).

5.4.La prostitución

El tema de la prostitución es un tema muy escabroso y de difícil solución. Por ello, Marta Sanz no lo trata. Martín Gaité sí que habla de cómo el régimen franquista intento acabar con la prostitución:

Entraba de lleno dentro de los objetivos redentores del Patronato de Protección a la mujer, creado en 1942 y presidido por la esposa del general Franco. [...] Sobre el papel se habla de que pretendían amparar a las víctimas del vicio, tanto en lo que se refería a la regeneración de las muchachas caídas como a la protección de las vacilantes, mediante la creación de talleres donde las tuteladas encontraran la oportunidad de aprender un trabajo. (1987, p. 107).

Sin embargo, el régimen sacaba provecho de la prostitución, por ello esta práctica no estaba perseguida. Solamente se quería acabar con la prostitución clandestina, ya que no podían sacar beneficio de esta (Martín Gaité, 1987, p. 109).

5.5. *El maltrato hacia la mujer*

El maltrato a la mujer, desgraciadamente, es algo que siempre ha estado presente en la sociedad. Sin embargo, en la sociedad franquista, cuya consigna era el disimulo, el maltrato hacia la mujer estaba totalmente recluido en el terreno de la intimidad. Los asuntos de casa se quedaban en casa. Además, como sabemos, la mujer y su cuerpo fue el blanco en el que se fijó el régimen para controlar. Este control estaba reforzado por las representaciones culturales difundidas por y para la mujer (Ros Ferrer, 2018).

Hoy en día, muchas mujeres han tenido la valentía de denunciar estas situaciones. En la entrevista con López-Cabrales (2000), Marta Sanz destaca cómo hay que alejarse de un tipo de relaciones tóxicas:

Una persona que te hace estar inquieta no necesariamente tiene que significar nada en tu vida, ni te tiene que ayudar a nada, ni hacerte consciente de nada. Lo más probable es que te anule, te machaque y te destroce, y la gente anulada no está en condiciones de aprender nada ni de funcionar (2016, p. 90).

Estamos aprendiendo a identificar las relaciones de las que nos tenemos que apartar. Sin embargo, algunas representaciones culturales dificultan este aprendizaje:

El miedo a denunciar y la dificultad para establecer el límite entre lo que se considera “normal” y “anormal”, “violento” o “característico de las prácticas sexuales, [...] se complica todavía más ante la eclosión publicitaria de prácticas que se normalizan y a menudo son vejatorias para la mujer. (Sanz, 2016, p. 99).

Por ello, esa comercialización de la mujer hace aún más accesible la violencia hacia ella: “El hecho de que un hombre maltrate a una mujer tiene que ver con el hecho de que se siente vulnerable.” (Latorre, 2017).

Como hemos comentado anteriormente, “el 75% de los delitos sexuales no se denuncia” (Marta Sanz, 2016, p. 98). Igual la solución, o al menos en un principio, debe ser mostrar otros modelos de mujeres más reales, más identificadas con la realidad del día a día de la mujer del siglo XXI.

6. Conclusiones

Tras el estudio del presente trabajo, hemos podido sacar diversas conclusiones sobre todos los temas tratados aquí. Lo primero que podemos afirmar es que hay que cuestionar los valores que, por costumbre y por el paso del tiempo, se consideran intocables. Hay que cuestionar todo aquello que no nos haga sentir bien.

La mujer ha pasado de ser el “ángel del hogar”, es decir, de tener como función principal la maternidad y el trabajo de la casa, a tener tantas obligaciones en tantos aspectos que el adjetivo que mejor la define es, como hemos visto, estresada. Deben ser amas de casa, formar parte del mercado laboral, ser buenas madres, ser buenas amantes, etc. Y, aquella que no se deja la vida por el cuidado de los demás, es tildada de egoísta. No podemos negar que hay una evolución en su papel en la sociedad, pero habría que acabar con todas esas críticas por los prejuicios tan arraigados del franquismo. No nos hemos librado completamente de las recomendaciones del régimen franquista, aunque hemos avanzado bastante.

Las representaciones culturales nos muestran modelos ideales, tanto en la posguerra como en la Transición, e incluso en la actualidad. El punto a favor es que, hoy en día, hay más mujeres escritoras, mujeres cantantes, mujeres directoras, etc., que hacen posible la difusión de otros modelos femeninos, que se adaptan más a la realidad de nuestra sociedad.

La maternidad ha dejado de ser un imperativo para la mujer desde la Transición, aunque es un tema bastante amplio y complicado, por lo que Marta Sanz prácticamente no lo trata. Del mismo modo, Marta Sanz (2016) no se pronuncia en cuanto a la prostitución. Es un tema muy escabroso y que necesita mucho desarrollo. Martín Gaité (1987) sí lo hace para dejar claro que el régimen franquista permitía la prostitución siempre y cuando pudieran sacar beneficio de ello. Igual esto no ha cambiado tanto.

A los hombres se les ha inculcado siempre el tener que ser fuerte, frío y tajante, siempre muy alejados de la sensibilidad. Sin embargo, como hemos visto gracias al Bonus Track de Marta Sanz (2016), muchos hombres intentan superar esas barreras en las que han sido encasillados, para aprender a desarrollar su sensibilidad. Esto nos demuestra que no somos tan diferentes: ambos sexos hemos sido oprimidos por tener que seguir un modelo impuesto, y, hoy en día, queremos salir de esos moldes que no ahogan.

En cuanto a las relaciones sentimentales de hombre y mujeres, ha habido una evolución, ya que son más igualitarias. No buscamos Príncipes Azules, sino una persona que sea nuestro compañero de vida. Además, Marta Sanz deja claro que, a pesar de haber una mayor libertad en las relaciones, no ha dejado de existir la monogamia. Muchas mujeres siguen con su primer novio y son muy felices, a pesar del auge de las aplicaciones para encontrar pareja.

En el terreno de las amistades, ha habido una amplitud. Se puede tener una relación de amistad con mujeres y con hombres, independientemente del género. Además, estas relaciones pierden totalmente su carácter exigente, ya que hay una mayor libertad.

Como hemos dicho, la sexualidad femenina y la educación sexual es el tema vertebrador del ensayo de Marta Sanz (2016) y, nos lleva a sacar varias conclusiones. Por un lado, verificamos que las mujeres de la Transición y, mucho menos las de la posguerra, recibieron educación sexual; sin embargo, la mayoría de ellas quieren cambiar esto y ofrecérsela a sus hijos. Con la democracia, la mujer pudo liberarse sexualmente, pero gracias al mercado, se convirtió en una tarea más que cumplir. Esta comercialización del cuerpo de la mujer ha provocado un mayor aumento de los casos de maltrato físico. Es posible que una mayor educación sexual disminuyera esta violencia ejercida día a día hacia la mujer.

El punto positivo de dicha liberación fue que se pudo tener una mayor salud sexual por el desarrollo de métodos anticonceptivos y por el mayor conocimiento del cuerpo de la mujer, aunque aún hay que superar ciertos tabúes que dificultan esta apertura.

7. Referencias bibliográficas

Bulnes, A. (11 de octubre de 2016). “Éramos mujeres jóvenes”: Marta Sanz describe los usos amorosos del Postfranquismo. *ElDiario.es*. Recuperado de https://www.eldiario.es/andalucia/lacajanebra/libros/marta-sanz-desmonta-feminismo-jovenes_1_3787674.html.

Carbayo-Abengózar, M. (1998). *Buscando un lugar entre mujeres: buceo en la España de Carmen Martín Gaité*. Málaga: Universidad de Málaga.

Carbayo-Abengózar, M. (2014). Carmen Martín Gaité y la cultura popular. *CMG Nuevas*, 147.

- Ciplijauskaitė, B. (2000). *Carmen Martín Gaité (1925-2000)*. Madrid: Ediciones del Orto.
- Dios Fernández, E.D. (2014). Domesticidad y familia: ambigüedad y contradicción en los modelos de feminidad en el franquismo. *Feminismo/s* 23, p. 23-46.
- Fernández Hoyos, S. (2014). El legado ensayístico de Carmen Martín Gaité: los ensayos históricos o la lucidez de leer la historia. *CMG Nuevas*, 110.
- Fernández, J. (3 de junio de 2017). Marta Sanz, escritora: “La represión sobre las mujeres ha cambiado de rostro, pero continúa”. *El Periódico Extremadura*. Recuperado de https://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/cultura/marta-sanz-escritora-la-represion-mujeres-ha-cambiado-rostro-continua_1020428.html
- Freixas L. (2006). Rosa Chacel, Carmen Martín Gaité: dos reflexiones en torno a mujer y creación. *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, (4), 47-57.
- Fuster García, F. (2013). Rosa María Doménech. Ciencia y sabiduría del amor: una historia cultural del franquismo (1940-1960). Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2013. *Arbor*, 189(762), 062.
- Latorre, R. (19 de enero de 2017). Marta Sanz: “Pasamos de culparnos por el erotismo a una fetichización opresiva”. *Lamarea.com*. Recuperado de <https://www.lamarea.com/2017/01/19/marta-sanz-pasado-culparnos-erotismo-una-fetichizacion-opresiva/>
- López, C. (2018). El cuarto de juegos de Carmen Martín Gaité. *Letras libres*, (198), 54-55.
- López-Cabrales, M. (2000). *Palabras de mujeres: escritoras españolas contemporáneas*. Narcea Ediciones.
- Martín Gaité, C. (1987). *Usos amorosos de la posguerra española*. Barcelona: Anagrama.
- Mayoral, M. (2011). *Memoria de la Guerra Civil en las escritoras españolas*. M. del Mar Mañas (Ed.). Sial.
- Moi, T. (1988). *Teoría literaria feminista*. Cátedra.

- Navas Ocaña, I. (2009). *La literatura española y la crítica feminista*. Fundamentos.
- Nieva de la Paz, P. (2009). La evolución de los roles de género en las representaciones literarias: un camino abierto hacia el cambio social. Nieva de la Paz (2009a), 9-20.
- Pardo, L. (27 de marzo de 2017). Usos amorosos de la mujer madura española. *Hoyesarte.com*. Recuperado de https://www.hoyesarte.com/literatura/ensayo/usos-amorosos-de-la-mujer-madura-espanola_239605/.
- Pérez, J. (2009). La evolución de modelos de género femenino vistos a través de medio siglo en los escritos de Carmen Martín Gaité. *Foro Hispánico: revista hispánica de Flandes y Holanda*, (34), 133-152.
- Radio Nacional Española. (31 de enero de 2017). Marta Sanz escruta en “Éramos mujeres jóvenes” las experiencias personales de la educación sentimental del tardofranquismo y la Transición. [Audio en podcast]. Recuperado de <https://www.rtve.es/alacarta/audios/biblioteca-publica/biblioteca-publica-marta-sanz-escruta-eramos-mujeres-jovenes-experiencias-personales-educacion-sentimental-del-tardofranquismo-transicion/3892825/>.
- Reyes Martín, R. (2017). SANZ, Marta. Éramos mujeres jóvenes. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2016. *1616*, 7, 356-358.
- Rolón Collazo, L. (2002). *Figuraciones: mujeres en Carmen Martín Gaité, revistas feministas y ¡Hola!*. Iberoamericana Vervuert.
- Rolón Collazo, L. (2011). Historia y literatura en Carmen Martín Gaité. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas. El legado de Carmen Martín Gaité*, (769-770), 16-19.
- Ros Ferrer, V. (2018). Divagaciones en torno a la imagen del agujero: La Transición en la escritura del cuerpo de Marta Sanz. *Olivar*, 18(27).
- Sanz, M. (2016). *Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la transición española*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

- Seoane, A. (2016, 12 de octubre). Marta Sanz: “La igualdad sexual todavía es una ilusión”. *El Cultural*. Recuperado de <https://elcultural.com/Marta-Sanz-La-igualdad-sexual-todavia-es-una-ilusion>.
- Siurana, E. (1989). Entrevista: Carmen Martín Gaité. “En el amor hay de todo”. *Poder y libertad: revista teórica del Partido Feminista de España*, (10), 42.
- Smith, J. (2007, July). Otra mirada a la novela rosa en *El cuarto de atrás* y *Usos amorosos de la postguerra española*. En *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, París*.
- Somolinos Molina, C. (2017). “Éramos mujeres jóvenes. Una educación sentimental de la transición española” de Marta Sanz. *Pasavento: revista de estudios hispánicos*, 5(2), 471-473.
- Teruel, J. (2014). *Un lugar llamado Carmen Martín Gaité* (Vol. 320). Siruela.
- Zandonella, C. (2016). *Carmen Martín Gaité: los lugares de la memoria en Usos Amorosos de la Postguerra española y otros ensayos*. (Bachelor’s tesis) Università Ca’Foscari Venezia, Venezia.